

# AUTOCRITICA DE «EL PRINCIPE DURMIENTE», COMEDIA DE TERENCE RATTIGAN, TRADUCIDA POR DIEGO HURTADO Y ADAPTADA POR RUIZ IRIARTE

El teatro Recoletos estrena mañana, viernes, la comedia de Rattigan «El príncipe durmiente», traducida por Diego Hurtado y adaptada por Víctor Ruiz Iriarte. El adaptador escribe:

“Todos—nosotros, los buenos aficionados al teatro—sabemos que el estreno en Londres de «El príncipe durmiente» constituyó para Terence Rattigan, su autor, un éxito resonante. Después, la comedia hecha guión cinematográfico—y ya, en estas fechas, concluido el rodaje—sirvió de encantador pretexto para que Marilyn Monroe y Arthur Miller pasearan su romance entre la bruma de Londres. Porque con evidente sentido de la realidad, el gran Olivier substituyó en la versión cinematográfica, a su propia mujer, Vivian Leigh, por la pequeña e incitante diosa de los tecnicolors, en el papel de esta traviesa y soñadora Mary Morgan—de nacionalidad americana y corista de profesión—que durante unas horas juega, con limpio juego, poniendo como prenda el corazón, con un príncipe balcánico férreo, tiránico y escéptico ante el amor...

Se puede decir todavía que «El príncipe durmiente» es una comedia europea. Porque se ha dicho ya que esta comedia es, nada menos, que el módulo de lo que en teatro gusta a los ingleses. Por esto y por aquello, nunca sabremos si en el continente gustará, porque es muy inglesa, o a los ingleses les fascina sencillamente porque es muy europea. Porque aquí se trata de Europa, del minucioso, brillante, romántico y atractivo mundo europeo anterior a la primera Gran Guerra. En «el tiempo de ayer», visto a través de unas gafas húmedas de risueña ternura, pero veladas por cierta irreprimible superioridad un poco petulante. Por aquí, por las habitaciones privadas de la Legación de Eslovenia en Londres, desfilan, llevados y traídos por la picardía de la anécdota, por el teje maneje del suceso que Su Alteza Real el Regente vive de incógnito entre las obligaciones que le impone su asistencia a la Coronación, los viejos personajes que constituyen un mundo lejano e irremisiblemente perdido. Los archiduques, la gran duquesa, el Rey, que aún es casi un niño y juega a la conspiración; la princesita... Entran y salen mudos lacayos de calzón corto. Y todo ocurre porque anoche Su Alteza Real, dedicando la velada a picardías, descubrió con sus prismáticos de oro, entre las chicas de un conjunto de revista, una muchachita adorable... Pero no falta también poesía entre la frivolidad. El Príncipe, que finge ser el «Príncipe durmiente», ternamente dormido, en espera de un beso de amor que le despierte... resulta que lo es, en efecto. Y todavía, cuando acaba la comedia, no sabemos si en realidad lo ha descubierto; es decir: si se ha descubierto a sí mismo. «El príncipe durmiente» es como un viejo grabado recién hecho por un artista de hoy. Guarda los viejos ecos de una lámina antigua en el tema y en el dibujo. Pero no puede negar la frescura de las tintas. Por ello, «El príncipe durmiente» es, con su traza de comedia moderna bordada sobre un cañamazo antiguo, como una opereta de 1900 a cuyos dúos de amor pudo muy bien poner música sentimental el maestro Lehár...

Todo es sutil en la acción de esta comedia. Todo el suceso se encadena sin sorpresas, o con tan tenues sorpresas, que apenas lo son. Las escenas transcurren suave, amable, sencillamente. De pronto, algo se quiebra gratamente para que se rompa la sonrisa y brinque una carcajada. Pero las cosas se remansan de nuevo y hasta brota, quedamente, en goloso silencio, una chispa de emoción. Es, sin duda, la comedia que un español no hubiera escrito nunca. Pero que gusta quizá a ese mismo español, porque significa

algo así como un descanso en nuestro exigente riguroso y ortodoxo sentido de la teatralidad.

Al frente de una gran compañía, Mary Carrillo y Enrique Diosdado, nuestros admirables comediantes, llevan de un modo maestro el permanente diálogo que constituye el eje de la comedia. La obra ha sido puesta en escena con cariño, con pericia y con tacto por Manuel Benítez Sánchez-Cortés, el joven y magnífico director—con Carmen Troitino—, del Recoletos. Del adaptador, apenas cabe en esta ocasión escribir unas palabras: su labor ha sido bien humilde. Sobre una limpia y correcta traducción de Diego Hurtado, su tarea ha consistido en hacer algo muy parecido a lo que hace un músico cuando se encarga de orquestrar una

melodía ajena. Pero lo cierto es que lo ha hecho alegremente, gustosamente, porque la melodía, tan bella, es muy de su agrado...—Victor RUIZ IRIARTE.”